

Entrevistando a Javier Molina

Fotógrafo de *Imágenes Paceñas*

Tara Daly y Raquel Alfaro

Marquette University, University of Rochester



Figura 1: El gran baile de máscaras (1979)

Fiesta de disfraces organizada por Saenz en los Talleres Krupp

Sentados, de izquierda a derecha: Jaime Saenz y Javier Molina

De pie, de izquierda a derecha: persona no identificada y Leonardo García Pabón

Fotografía: Javier Molina

Tuvimos el enorme placer de conversar extensamente con Javier Molina, fotógrafo responsable de las imágenes que acompañan cada uno de los lugares y personajes que tanto fascinaron a Jaime Saenz y de los cuales este escritor dejó un registro literario en *Imágenes paceñas*. Fue afortunado nuestro encuentro con el blog de Javier Molina (<https://javiermolina.blog/>). Estábamos en el proceso de explorar la red en busca de más información acerca del fotógrafo que había capturado las imágenes de aquello que expresaba la paceñidad desde la perspectiva de Saenz. Allí nos topamos con el blog de Javier Molina y se abrió la posibilidad de platicar con este fotógrafo para indagar la naturaleza del material visual contenido en *Imágenes paceñas*. Estas fotografías, pensadas —casi siempre, si no siempre— únicamente como soporte visual que acompaña los retratos literarios de Saenz, despertaron un profundo interés en nosotras cuando las pusimos a dialogar críticamente con el material textual. Percibimos entonces que entre texto e imagen en esta obra literaria había una tensión palpable que sugería nuevas venas de lectura crítica no exploradas hasta el momento. Haciendo despliegue de una enorme generosidad, Javier Molina no sólo compartió con nosotras sus recuerdos sobre esa La Paz amada por Saenz y sus memorias ligadas a este trabajo conjunto que realizó con el escritor y que se concretizó en *Imágenes paceñas*, sino además nos regaló la historia detrás de sus fotografías, que dice mucho más sobre La Paz saenceana y sobre el propio escritor. A continuación compartimos la entrevista hecha a Javier Molina el verano 2021 esperando que la misma ilumine la obra saenceana y genere motivaciones como lo hizo con nosotras.

Raquel/Tara: Naciste en La Paz, pero después saliste del país. ¿Qué significó para ti el regreso a La Paz a principios de los 70 después de varios años viviendo fuera de Bolivia? ¿Cómo cambió, si es que lo hizo, tu forma de ver esta ciudad y sus habitantes?

Javier Molina: Dejé La Paz a los 17 años con dirección a Lima y año después fui a los Estados Unidos donde estudié filosofía, recibiendo un BA en Teísmo Humanista en Fordham University. Al mismo tiempo me adentré en la fotografía, estudié en la New York School of Photography. Regresé a La Paz por primera vez a los 22 años. Sin embargo, en ese entonces, la fotografía no era algo central en mi vida cotidiana. Después fui a Europa y allí viví en varios lugares. Estuve en España por un año en 1972 con rumbo hacia Inglaterra.

Radiqué en Inglaterra por dos temporadas: 1973 y 1976. De 1976 a 1982 viví en La Paz, regresando a Inglaterra en 1982, donde radico hasta el día de hoy. Mi segunda estadía en La Paz coincidió con una época muy creativa para mí. Veía y descubría una ciudad con aspectos de mucha precariedad. Es decir, era La Paz en esa época una ciudad netamente andina que anunciaba un cambio venidero rápido. Se veía en cada calle, en las varias zonas paceñas —Santa Bárbara, Churubamba, Villa Victoria, en lugares tradicionales como los tambos— elementos que necesariamente no podrían permanecer con el avance del tiempo: callejones, callecitas empedradas con los adoquines de piedra, casas de adobe. Todo indicaba que la ciudad estaba en camino de “modernizarse”. Por ejemplo, eso se ve en las calles Mayta Kapac y Topater, el callejón Rodríguez, esas tienditas de los barrios aledaños a la plaza Murillo, con sus pasajes empedrados y casas al estilo colonial hechas de adobe, con tejados de aquella época (ver la portada de la sección “Lugares” de *Imágenes paceñas*), la tan tradicional calle Linares que ahora es un centro turístico, hasta la plaza Murillo, que ha perdido su aspecto con el edificio recientemente construido detrás del palacio de gobierno, las casas que habían en Obrajes y que ya no existen, los balcones de la calle Castro en Santa Bárbara. En fin, la lista es infinita.

En esa mi visita a La Paz era como si viera la ciudad por primera vez, con ojo creativo. La geografía de la ciudad es muy peculiar, y lo que le daba un aire andino era su forma de ser: su población, muchas calles de estilo colonial, casas con balcones, tejados a la antigua muy parecidos a los de los pequeños poblados del altiplano boliviano, la sobriedad (de su gente), forzada por el clima frío y la altura, sus calles siempre angostas. Específicamente, La Paz tenía esa forma de ser de los pequeños pueblos altiplánicos que posiblemente aún se encuentren hoy en Bolivia.

Mi percepción fotográfica de La Paz de ese tiempo estaba muy ligada al descubrimiento mío de mi ciudad natal, la exploración de mi estado emotivo. Una percepción muy distinta a la de hoy en día, la cual se puede ver en mis trabajos de los lugares aledaños a la ciudad, tanto dentro como fuera del departamento de La Paz y que en sí también muestra los efectos del cambio climático de los últimos años. Las Serranías de Murillo, por ejemplo, muestran aquella parte, antes cubierta de nieve todo el año, hoy pintada de negro (Fig. 2).

Tengo que anotar, además, que en ese momento, así como en el presente, siempre me he sentido extranjero aun en mi país natal, lo que ha determinado mi mirada fotográfica de La Paz. Cuando uno deja su familia a

muy temprana edad (yo tenía tan solo 12 años) y su país de residencia durante su adolescencia es “otro” (en términos existencialistas), este último (re)define y apunta las diferencias y distancias que uno pueda tener con lo lugareño o nacional. Es evidente que a pesar de haber vivido la mayor parte de mi vida en Inglaterra nunca voy a ser inglés. Hasta mi apariencia física indica una otredad, un extranjerismo claro, que en las expresiones más benévolas se denomina como “exótico”. Salir a la calle es suficiente para recordarme que soy y seré un extranjero. Lo mismo sucede cuando regreso a mi país natal, no es sólo un sentimiento personal, el otro (en este caso el boliviano, el paceño) me recuerda que ya no soy boliviano.



Figura 2: Serranías de Murillo
Fotografía: Javier Molina

Tara/Raquel: ¿En qué contexto conociste a Saenz y cómo se inició la relación de colaboración con el proyecto literario *Imágenes paceñas*? ¿Cómo se decidió qué fotos tuyas incluir en este libro?

Javier Molina: Mi hermano Ramiro Molina y su compañera Blanca Wiethüchter visitaban a Jaime con regularidad. Blanca es/fue una autoridad crítica sobre la obra de Jaime Saenz. Me llevaron para presentarme a Jaime y jugar cacho (un juego típico de dados), que era el pasatiempo de los Talleres Krupp (la sala de estar de Saenz). Jaime se interesó en mi interés (valga la redundancia) sobre La Paz y yo le mencioné que tenía una pequeña colección de fotos de la ciudad. En una visita posterior se las llevé. Por coincidencia, Jaime había comenzado la escritura de textos referidos a distintos lugares de la ciudad. Entonces, me propuso colaborar en una obra única sobre La Paz. Hicimos una lista, inicialmente su sugerencia, de los lugares y las personas a ser incluidos. Empecé a tomar las fotos indicadas y otras que fueron sugerencia mía, por ejemplo, Alto de Ánimas (presencia de la montaña), la portada de “Lugares”, el tambor, la calle Rodríguez, el Montículo, la calle Topater, un callejón, la portada de “Personas” y la última imagen de la puerta. Sugerí estos lugares desde mi punto de vista fotográfico: fotos con buena composición y contenido; muy paceñas desde mi perspectiva.

Raquel/Tara: En tu blog, citas al fotógrafo Alfred Stieglitz: “It is not what I see but how I see it” [no es lo que veo, sino cómo lo veo]. En tus propias palabras, ¿cómo describirías tu manera particular de ver La Paz desde el lente de tu cámara?

Javier Molina: Es bueno mencionar que las fotografías de La Paz y de esa época son solamente un registro visual de una ciudad en un tiempo. Un documento de un tiempo específico. Muy pocas son fotografías “artísticas”. Es reciente mi interés en el tipo de fotografía creativa que no se limita a lo que la cámara registra, lo que precisamente indica el dicho de Stieglitz. En general, la mayor parte de las ilustraciones fotográficas de *Imágenes Paceñas* son un registro histórico de una ciudad: sus calles y sus personas con un 100% de exactitud. Un registro visual hecho con lo que hoy se denomina fotografía análoga. Sólo puedo señalar algunas excepciones: el Illimani (imagen que, dicho sea de paso, ha sido imitada una y otra vez) y Alto de Ánimas son interpretaciones artísticas (Figs. 3 y 4); la portada de “Lugares” y la intersección de la calle Rodríguez, que además de ser exactas reproducciones de la realidad, tienen un aire y composición diferentes. Debo añadir que toda mi producción fotográfica de los últimos años es netamente creativa. Lo que significa que lo que captura la cámara es tan solo del 30% al 60%; el resto es resultado de un elaborado trabajo de post producción. Además, hoy no tomo fotografías como en ese entonces, ya no uso negativos y todo es digital.



Figura 3: Illimani
Fotografía: Javier Molina



Figura 4: Alto de las Ánimas
Fotografía: Javier Molina

Tara/Raquel: ¿Al leer el texto final de Saenz, encontraste resonancias o disonancias entre ustedes dos como observadores de La Paz y su entorno?

Javier Molina: Nuestro trabajo fue conjunto, aunque yo seguía la pauta de Jaime, que era un conocedor y amante de La Paz. Él respetaba mi conocimiento de la fotografía y aceptaba mis sugerencias. Fue una labor conjunta, de iguales, cada uno con maestría en su ramo. Nuestra idea inicial fue hacer un lindo libro de mesa con impresiones de alta calidad, pero al final, Jaime (por razones económicas de orden personal) entregó el material a la editorial Difusión, que imprimió la primera edición en un papel de muy mala calidad y cortando las imágenes a su guisa, destruyendo así su composición. Por razones también personales, Jaime decidió usar una foto de Alfonso Barrero Villanueva para la tapa del libro. La segunda edición impresa por Plural Editores lleva como portada la fotografía que yo había elegido (Fig. 5).

Raquel/Tara: Sin lugar a duda, compartes con Saenz la fascinación por los patios y callejones. ¿Por qué encuentras especiales estos escenarios, y particularmente los de La Paz?

Javier Molina: Los patios eran en La Paz recintos llenos de vida compartida, misterios de vidas pasadas, historias inéditas de otras vidas. Los callejones en esos tiempos eran también muy lugareños, muy auténticos, muy a la antigua. Es claro no solamente a través de la lectura de “Un patio”, en *Imágenes paceñas*, que cada puerta en estos recintos encerraba/encierra secretos privados de individuos y familias, aun aquellas puertas en ese pequeñísimo patio en San Pedro (que sea dicho de paso nunca pude volver a encontrarlo), pero sobre todo en un gran patio que es como una plaza, con un grifo común. Es fácil, me parece, imaginar vidas secretas y privadas detrás de cada una de esas puertas en la imagen del patio pequeño. Aunque el texto de Saenz habla de vidas comunales, ¿quién podría imaginarse qué vida lleva La estrella del silencio o el Tarugo Calderón?

Tara/Raquel: Desde tu punto de vista, ¿la topografía extrema/única de La Paz determina a sus habitantes de un modo distinto al que otras geografías urbanas definen a sus poblaciones? Me refiero a esos habitantes que llaman tu atención como fotógrafo: el cargador, el zapatero, el afilador, la chola, etc.



Figura 5: Fotografía originalmente pensada para la cubierta de *Imágenes Paceñas*
Fotografía: Javier Molina

Javier Molina: No es tanto la topografía la que define a los personajes de *Imágenes paceñas*, es sobre todo su carácter, uno a punto de extinción y que precisamente apunta lo precario de la ciudad. Eran personajes únicos por lo anotado. El fotógrafo de la plaza ya no usa ese equipo; hoy tiene todo digital, incluso el imprimir la foto es una tarea distinta. El adivinador es un personaje de la mitología de la ciudad al igual que el afilador. El lustrabotas es ahora un adolescente. Ya no existen el vendecositas y el soldador como tales. Muy pocos son los aparapitas. Ya nadie usa velas, así que el velero, ese personaje con cierta dignidad y de tercera edad, es también una especie extinta.

Como dije anteriormente, siendo que Saenz era quien tenía un conocimiento profundo de la ciudad, mi contribución fue solamente ilustrar sus textos. Mi tarea, entonces, consistió en encontrar a esos personajes (a punto de desaparecer) en su medio ambiente. Yo añadí además la portada de "Personas".

La Paz de esos tiempos (y muy posiblemente la de hoy), no es una ciudad cosmopolita como Buenos Aires, que es más europea. La Paz, además, ha crecido de modo muy irregular dentro de una hoyada que ha impedido la construcción de grandes avenidas o rascacielos enormes. La ciudad de los 70 era muy tranquila, con poca gente y muy pocos automóviles. En contraste, hoy cada día La Paz es como día de feria constante y se ha desbordado en la ciudad de El Alto, una de las urbes latinoamericanas con mayor y más rápido crecimiento, y que de manera singular ha desarrollado su propia arquitectura modernista, como por ejemplo las construcciones de Freddy Mamani.

Raquel/Tara: ¿Cuándo tomaste las fotografías de la cordillera Kimsa Cruz? ¿Qué es lo que te atrajo de este paisaje? (Fig. 6).

Javier Molina: Cada vez que regreso a La Paz voy con un propósito determinado. Aquella vez que fotografié la cordillera Kimsa Cruz (Tres Cruces) fui en busca de las tierras que una vez pertenecieron a mis abuelos: Cairoma y Araca. Soy un fotógrafo oportunista, es decir, no planeo de antemano lo que voy a captar. Lo que es evidente y en realidad un reto, es poder captar ese panorama vasto con una cámara cuyo sensor es muy pequeño, tanto que en algunas de las fotografías se ven rebaños de llamas/alpacas como puntos infinitesimales. Ese vasto panorama es también el que me impresionó años antes en las Serranías de Murillo.



Figura 6: Cordillera Kimsa Cruz
Fuente: Archivo Javier Molina

Tara/Raquel: Las imágenes de la cordillera que capturas, impresionantes como son, muestran un escenario libre de la presencia humana. ¿Por qué la opción de capturar lugares donde no se ven huellas humanas (a no ser de una manera indirecta) y no hay presencia de habitantes andinos?

Javier Molina: Soy paisajista principalmente, aunque me dedico también a la fotografía creativa tanto en autoretratos como en arte digital y naturaleza muerta o bodegones. En mi fotografía, a los humanos los utilizo de vez en cuando sólo como una referencia de proporción y no dato específico. Ese es un defecto muchas veces. Por ejemplo, me arrepiento de no haber tomado la fotografía (una que aún veo en mi imaginación) de una mujer lavando ropa en una vertiente cristalina que corre por la cordillera y su hogar de *backdrop* [fondo].

Debo decir que nunca me ha interesado la fotografía típica de cholitas, indios pobres, que es tan común, especialmente en las postales turísticas. Mi opción de no retratar a estos personajes se funda en el hecho de que por lo general este tipo de representación implica folklorismo. Todavía hoy mi interés se centra en el paisaje, real o imaginario, donde la presencia del ser humano está ausente. Este no es un acto racional, es decir, no es una opción que tomo como decisión consciente y voluntaria. Mi actitud sigue

simplemente y de manera natural mi percepción estética. El incluir a un habitante en una geografía específica requeriría una explicación. Para mí, mi fotografía es una escena, un fondo donde el observador puede o no añadir a los personajes. Sería muy interesante enfocar el retrato dentro de un fondo geográfico.

Raquel/Tara: ¿Cuándo fue la última vez que fuiste a la ciudad de La Paz? ¿Qué diferencias notaste? ¿Capturaste con tu cámara fotográfica estos cambios?

Javier Molina: Regresé a La Paz hace tres años con mi nieta, sobre todo para ver la entrada del Gran Poder. La ciudad ha cambiado mucho y ha perdido ese aspecto único de antes y aunque se me ha sugerido recoger esos cambios, no me atrae la proposición ni lo que es La Paz hoy en día.

Tara/Raquel: Has trabajado con medios mixtos y en la construcción de un blog. Es decir, has combinado la imagen con la palabra escrita. ¿Observas que te sientes obligado a veces a explicar tus obras verbalmente, yendo en contra de la idea de David Lynch, para quien las palabras no pueden explicar una imagen? ¿Cómo ves el diálogo entre texto e imagen que ofrece *Imágenes paceñas*? ¿Los dos, texto e imagen, se explican el uno al otro desde tu perspectiva?

Javier Molina: Mis textos son muy pocos tanto en mi blog como en mis exposiciones. Si hay texto, éste es paralelo a la imagen y no guarda una relación específica con ella. Nunca explico yo, usando texto, lo que quiero decir con mis imágenes, sobre todo en mi trabajo digital.

En cuanto a *Imágenes paceñas*, los textos son prioritarios y las imágenes son ilustraciones al servicio del texto. Es decir, el texto no explica la imagen, siendo que ésta no tiene un misterio inherente.

Raquel/Tara: ¿La parte escrita de *Imágenes paceñas* de Saenz de una forma u otra influye tu fotografía y/o tu manera de ver la ciudad? ¿Cómo esta obra impactó, si lo hizo, a tu ojo artístico?

Javier Molina: Como ya dije, Jaime conocía La Paz profundamente y mi fotografía de la ciudad expresa mi visión personal de la urbe en esa época. Era Jaime quien decidía qué calle o plaza fotografiar, pero la visión artística, la composición de la imagen, eran mías indudablemente. Es decir, yo tenía total control para decidir cómo y cuándo fotografiar, qué ángulo usar, con qué luz, etc. Las fotografías de *Imágenes paceñas* expresan mi visión. Jaime y yo trabajábamos juntos, respetando cada uno la contribución del otro: yo su manejo de la palabra y él mi visión fotográfica. Pero a pesar de las distancias que pudieran tener nuestras visiones, ambos veíamos lo transitorio de una ciudad en un tiempo de cambio, y prestábamos atención a aquello

que muy posiblemente iba a desaparecer. En sí, esas fotografías tienen valor como registro de un tiempo: una ciudad andina de los 70.

Aunque esa La Paz ha desaparecido, creo que en cierto modo algo de ese espíritu aún persiste en la ciudad de El Alto. También se pueden ver vestigios de ese pasado en los barrios de San Pedro y Sopocachi, zonas donde la edificación de construcciones elevadas ha sido imposible. No obstante, los personajes de antaño ya no se ven.

Tristemente La Paz ha dejado de ser una ciudad andina. Aunque como dije antes, ese aspecto de “pueblo” aún persiste en la ciudad de El Alto y las zonas periféricas de La Paz que cubren los cerros y colinas aledañas, donde se ha expandido la ciudad y donde la gente ha traído su espíritu poblano.



New articles in this journal are licensed under a Creative Commons Attribution 4.0 United States License.



This journal is published by the [University Library System](#) of the [University of Pittsburgh](#) as part of its [D-Scribe Digital Publishing Program](#), and is cosponsored by the [University of Pittsburgh Press](#).